

Desnudos

■ Nos dice la Biblia que en cuanto Adán y Eva pecaron, comiendo el frutó prohibido, sintieron vergüenza de sus cuerpos y se cubrieron con hojas de parra.

Desde entonces, gran parte de la actividad de la humanidad ha consistido en cubrirse y en descubrirse; ocultar y mostrar mientras los moralistas libran batallas por centímetros más, centímetros menos que, en definitiva, siempre terminan por perder. Porque los escotes bajos o faldas cortas corresponden a un juego de sube y baja en que las mujeres siempre han tenido interesados a los hombres y no pocos hombres a no pocas mujeres.

La antigüedad, así lo demuestran sus obras de arte, no tuvo miedo de exhibir el cuerpo humano, ni tampoco lo tuvo el Renacimiento. Quien se escandaliza con la desnudez de David, cuya réplica del original preside la Plaza della Signora en Florencia, es claramente un pacato insostenible y quien mire con lascivo pensamiento a las Tres Gracias es un enfermo mental. Nuestra época ha terminado por aceptar el desnudo en el arte, cuando él se expresa en esculturas o pinturas, pero aún es renuente a aceptarlo cuando es exhibido por un actor o una actriz en el cine, el teatro o el ballet.

Y es que la línea que separa el arte de la pornografía es sutil y ambigua. Una disposición legal que trace esa diferencia en forma objetiva es casi imposible. Por muchos años, la Corte Suprema de los Estados Unidos pretendió hacer la diferencia al calificar de arte toda aquella manifestación que tuviese "elementos redimibles", pero la largueza de este concepto llevó a excesos que se conocieron como "la época de la permisividad". Modificó su criterio la Corte Suprema, estableciendo una regla aún más ambigua. Tenía el carácter de pornográfico todo aquello que sobrepasara los límites morales de la comunidad donde la obra sedicente de arte se exhibía. ¿Cómo medir esos límites? Esa es la pregunta que todavía se hacen los juristas norteamericanos en largos y costosos juicios.

Tengo, al respecto, una curiosa experiencia. Hace ocho años fui a los Estados Unidos en misión periodística. Uno de mis objetivos consistía en "cubrir", como se dice en jerga periodística, el nuevo fenómeno del teatro del desnudo. Estábamos en plena época de la permisividad y una gran cantidad de obras dramáticas in-

cluía, más como cebo publicitario que por razones artísticas, escenas de desnudo total.

Al partir, se me hicieron muchas bromas. Más de alguno envidiaba mi misión profesional y, yo mismo, empecé a pensar que tenía sus encantos. Me equivocué. Me resultó muy aburrido. Al asistir a esas obras teatrales en que algunas escenas los actores y actrices las hacían en cueros, invariablemente fijaba mi vista en la parte de sus cuerpos que normalmente se oculta por la ropa, pero a los dos minutos ese aspecto había perdido la novedad y seguía la trama y me formaba mi juicio haciendo abstracción de la vestimenta o de la desnudez de los intérpretes. Cuando, después de cinco o seis funciones de ese tipo de espectáculo, me di un recreo y me fui a ver una obra interesante con vestuario total, fue un grato reencuentro con el arte dramático.

Entrevistando a un renombrado compositor de comedias musicales, le pregunté si en su próxima obra iba a insertar, como estaba de moda, una escena de desnudo. "No —me dijo—, la anatomía del hombre y de la mujer es tal, que cuando se termina un movimiento musical, siempre hay una parte que se balancea unos compases de más".

Lo interesante es ver, ocho años después, cómo esa moda pasó sin que mediara intervención de las autoridades ni censura alguna. Simplemente, satisfecha la infantil curiosidad, el público se desinteresó.

Por cierto que, junto a esas obras comerciales en que se explotaba el desnudo en una veta de muy poca ley, existen otras obras en que la desnudez forma parte de la expresividad dramática. Últimamente, entre nosotros, tuvimos un ejemplo de ese tipo de obra en "Equus", donde el desnudo no sólo era necesario, sino potenciaba el dramatismo de la escena. Pero ésa es harina de otro costal.

Yo no sé si Adán y Eva tuvieron conciencia de ello. Pero es el caso que, al perder la inocencia, iniciaron un juego en que toda la humanidad ha participado y cuya única regla invariable es no dejar caer nunca la hoja de parra. Si un jugador lo hace, frente a todo el estadio, queda decididamente fuera de juego.

Los espectadores se aburren y, a la larga, él también.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA